

Ella

Chispea. Caen las minúsculas gotas de lluvia sin hacer ruido, despacio, suaves, con melancolía. Tras los cristales de mi rincón preferido del Forum apuro el último sorbo de café. Espero paciente pero intranquilo, preguntándome: *¿Pasará hoy?, ¿Cómo vendrá?* Esa incertidumbre da más morbo a la situación. Empiezo a ponerme nervioso aunque por fuera no lo manifieste. El corazón me palpita con ritmo apresurado. Todos los sentidos se van minorando salvo la vista, que poderosamente se adueña de los demás y escudriña, inquisidora, cada bocacalle de la Plazoleta. Está deseando ver un atisbo de luz, algo con que calmar la dilatación pupilar. Mas, miro y vuelvo a mirar, pero nada, no aparece. El desasosiego sigue su curso. Si ella tarda en llegar, pronto empezaran los sudores, luego vendrán los zumbidos en los oídos, mas tarde las taquicardias y... ¡Quieto!, me estremezco, un escalofrío recorre todo mi cuerpo ¡Por fin, ella se deja ver! Una sensación de alivio y plenitud embarga todo mi cuerpo y la paz y el sosiego se contraponen a momentos tan estresantes. Un orgasmo mental invade todos mis sentimientos, dejándome sosegado, apacible, dulce, enamorado.

Hoy la veo otra nueva vez, porque cada una de ellas es distinta. Algo sutil desprende su persona que hace encontrarle nuevos matices. Tan elegante, tan fina, tan atractiva, como queriendo pasar desapercibida, pero... ¡Todo lo llena! No hay mirada que no se detenga en su cuerpo, recorriéndolo de abajo arriba y de arriba abajo, buscando un algo que no se encuentra, alguna imperfección, algún detalle que diga que es humana ¡Pero nada!, hay que reconocer que es única, sublime, divina. Y así, creyéndola una diosa del Olimpo, sigo mirándola, recreándome en su figura, en sus caderas, en su pelo, en su cara, en su boca...

Hoy... hoy, para mí, es un día luminoso, soleado, resplandeciente, a pesar del chirimirí insidioso. Ella viene bajo un paraguas de colorines y los reflejos de éstos juguetean con su cara. Una luz especial la irradia y su sonrisa es el foco que me atrae como una gota de miel a una mosca, pero... ¡Oh! ¡Estoy de suerte! Se ha parado, frente a “los caños”, a saludar a una conocida. Aprovecho y me recreo en su cuerpo. Lo desnudo con la mirada y pienso: *qué belleza se ocultará bajo esas ropas. Me moriría si pudiera acariciarlo. Qué piel más fina debe tener.* Me fijo cómo gesticula y cómo mueve sus gráciles manos. Y así, el tiempo se me pasa volando, pero a la vez lo percibo extenso, prolongado, largo. Y sin saber cómo, la veo desaparecer de mi vista por entre los chorros de agua de esos caños intemporales que derraman lágrimas de frescura y saciedad.

Me quedo afligido por su ausencia, pero a la vez eufórico por haberla disfrutado unos minutos. Me consuelo pensando en que mañana la volveré a ver. Con su recuerdo en la mente, el resto del día será placentero, grato, llevadero.

Alguien me toca en el hombro y me pregunta: *¿En qué piensas?* Y yo, medio atolondrado, giro la cabeza y contesto: *en mi musa.*